

LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS EN AMÉRICA LATINA

Si en un país el régimen de gobierno no deja un verdadero espacio político en la vida nacional, se produce el fenómeno de la politización de la universidad, principalmente en las universidades nacionales, a no ser que estén también ellas intervenidas. En tales circunstancias, las universidades privadas, entre ellas las universidades católicas, suelen ser verdaderos remansos, que ofrecen un margen de tranquilidad al gobierno, y un reconocimiento, al menos tácito, así como una alta estima hacia las mismas, al no complicarle la situación. Pero esta apoliticidad de las universidades privadas, como tónica frecuente, ¿es conveniente a los intereses políticos nacionales? ¿le presta un verdadero servicio al mismo gobierno? En caso de que se produzca un cambio político y se restaure la vida democrática, la universidad pierde su relevancia política nacional, y vuelve a los cauces normales de su vida académica. Pero si la universidad es fiel a sí misma, incluso en una sociedad avanzada y progresista, ha de ser crítica de la sociedad y ha de tender un puente hacia la utopía. Una universidad así también puede ser molesta a un gobierno, por revolucionario que sea, pero ¿es éste un verdadero servicio de la universidad al país, e incluso al gobierno?

El Presidente de Panamá, Dr. Arístides Royo, dejando sin contestar la segunda parte de la pregunta, respondió a la primera en el sentido de que la universidad nunca es apolítica, y que el deber de toda universidad estriba en formar para la sociedad, con verdadera conciencia política y nacional; desgraciadamente —dijo— el cartón de profesional mata en muchos los ideales políticos, sociales y nacionales, y los convierte en personas preocupadas únicamente de sus intereses particulares; una universidad privada, católica o no, tiene que ser formadora de la conciencia política y social; el único peligro de la politización universitaria estriba en la excesiva politización que impida la realización de las otras tareas universitarias, como son la investigación y la formación de los hombres que esa sociedad necesita, lo que derivaría en un mal no tanto para el gobierno cuanto para el país y la sociedad.

Desafortunadamente, ni la pregunta ni la respuesta parecían interesar a los representantes de las Universidades Católicas de América Latina, miembros de la Federación Internacional de Universidades Católicas (F.I.U.C.), presididos por sus respectivos rectores, que se reunieron en Panamá en la última semana de agosto del presente año. No asistió ningún representante de la UCA de Managua, quien pudiera suscitar similares inquietudes, pues en esos días tenían un seminario para redefinir su tarea universitaria en un país que está estrenando su independencia y su libertad, y frente a un gobierno revolucionario, popular y democrático. Indudablemente, no se podía esperar semejantes cuestionamientos de parte de universidades que están regentadas por autoridades militares, o por personas muy vinculadas al gobierno, a la jerarquía eclesiástica y a los poderes económicos; sus preocupaciones iban más bien por la participación en el presupuesto nacional, por la autonomía, o por la libertad religiosa y el pietismo.

Los temas centrales de reflexión eran: pastoral universitaria a la luz del documento de Puebla, y problemas éticos de la tecnología. Pocos, o ninguno, fueron los aportes dados por ese foro, por diversas razones: los actos protocolarios, los actos religiosos, y las finas y abundantes atenciones prodigadas por la universidad sede, la Universidad Santa María La Antigua, de Panamá, restaron buena parte de los escasos tres días de reunión; del tiempo restante, la mitad lo consumió el Presidente del CELAM; la esterilización intelectual impuesta en sus exposiciones por Mons. Alfonso López Trujillo, añadida a la escasa capacidad teórica y de planteamientos profundos, mostrada por la mayoría de los participantes, junto con el breve tiempo de discusión y de reflexión para temas tan problemáticos.

Tras una breve e interesante presentación del documento de Puebla, realizada por Mons. Marcos Mac Grath, arzobispo de Panamá, se posesionó del micrófono Mons. López Trujillo. En dos largas sesiones, nos dio su versión y su interpretación de Puebla, antes, durante, y después de la III Conferencia General del CELAM, tra-

tando de justificar sus actuaciones en torno a ella y al documento oficial, y dando su visión personal del documento, como auténtica y única. Al insistir en que la opción preferencial por los pobres no es la opción de Puebla, sino una de las opciones preferenciales; al sostener que el análisis científico marxista es inseparable del materialismo dialéctico y del ateísmo, y por lo tanto inaceptable para un cristiano; al sustentar que Puebla rechazó la teología de la liberación; no sólo estaba dando una versión parcial y tendenciosa de Puebla, sino que, además, estaba tratando de imponer una ideología esterilizante a los que se supone deben ser pensadores universitarios libres para hacer avanzar el mensaje cristiano en medio de diferentes ciencias, ideologías y categorías analíticas o conceptuales. Así se explican las reacciones de indignación y estupor de algunos presentes, de indiferencia de otros, y de entusiasmo y euforia de algunos, encabezados por los representantes chilenos, quienes no sólo aplaudieron y felicitaron, sino que le secundaron y le obligaron con sus preguntas y alabanzas a extenderse más en su postura.

Ahí podía haber terminado la reunión, en la que se trató a los rectores y delegados de universidades como a doctrinos, sin dejarles lugar ni tiempo, casi, pero sobre todo sin aliento, para una discusión seria y profunda de los temas expuestos. Unos se sintieron reforzados en sus posturas ideológicas, y los demás escépticos o decepcionados ante una postura tan dogmática y acrítica, impropia del foro universitario.

Las reuniones de grupos, efectivamente, fueron reflejo de lo anterior, y se podían haber suprimido. A pesar de algunos aislados intentos de cuestionamiento sobre la misión de la universidad católica, y sobre la teología pastoral subyacente, se derivó todo hacia la anécdota y las experiencias factuales de actividades pastorales, pero sin encontrar ni la fundamentación teológica y un lineamiento de acción consecuente y planificado. En el tema de la ética y la tecnología tampoco se podía llegar a ninguna profundización ni a serios cuestionamientos, dado el ambiente reinante, la capacidad de los reunidos y las escasas dos horas dedicadas al tema.

Paradójicamente, fue el Presidente Aristides Royo, en su reunión y cambio de impresiones con los asistentes, en la última sesión general de

trabajo, quien iba a plantear otra visión universitaria y a cuestionar la apoliticidad de la institución, al responder a la pregunta ofrecida al comienzo de este comentario. Sus palabras, sin embargo, parecen haber caído en el vacío, en una reunión que se propuso otros intereses y que estaba compuesta de personas con posturas ideológicas bien definidas, aunque poco universitarias.

Sin embargo, todavía creemos que la Universidad Católica tiene una gran tarea que realizar en el continente, y precisamente a partir del documento de Puebla y desde su opción preferencial por los pobres. Los pobres son la mayoría en América Latina y en el Tercer Mundo y lo son debido a las estructuras de dominación y explotación seculares, resaltadas por el mismo documento del CELAM. La misión de la universidad católica será la de descubrir esas estructuras injustas, que desde la teología tomarán el calificativo de "pecado", para denunciarlas y destruir el pecado de la sociedad. La universidad, y con mayor razón todavía la católica, tiene que ser el laboratorio en el que se creen nuevos modelos de sociedad, más justa y más cristiana. Su opción preferencial por los pobres se concretizará en esa denuncia del pecado estructural, y en la elaboración de modelos nuevos, formando los hombres, profesionales o no, que sean capaces de transformar esa sociedad para ponerla al servicio de todos, en especial de los más pobres. La pastoral universitaria, por consiguiente, estará dirigida a lograr el objetivo de la universidad, logrando el compromiso cristiano al servicio de esos pobres, más que en el cultivo de la religiosidad individual o colectiva de los universitarios. Igualmente, la ética de la tecnología se buscará en la dimensión social, al servicio de las mayorías, y ese será el criterio fundamental para analizar el aspecto ético.

Desde esta perspectiva, propiciada por el documento de Puebla, las universidades católicas de América Latina tienen una gran misión que cumplir en la transformación cristiana de la sociedad, y un gran futuro en el continente. De lo contrario, mucho nos tememos que la hora de las universidades católicas haya pasado, y que ellas mismas se estén colocando al margen de los procesos que se están desarrollando en América Latina.

S. M.